

# LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIODICO POLITICO.

DIRECTOR: ANTONIO G. LLORENTE.



2.ª Serie.

ESTE PERIÓDICO  
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20, 24, 28  
y último de cada mes.

Madrid: 28 de Mayo de 1870.

REDACCION Y ADMINISTRACION:  
Calle de La Farmacia, número 13,  
cuarto principal.

Núm. 24.

## ASUNTOS DE PUERTO-RICO.

SESION DE LAS CORTES.—23 DE MAYO.

### Discurso del Sr. Baldorioty de Castro.

A hora muy avanzada para que podamos entendernos en este artículo, como lo requiere el asunto, y cuando estaba ya para efectuarse la impresion del presente número, ha llegado á nuestro poder una publicacion que contiene el debate ocurrido en la Cámara en consecuencia de la proposicion presentada por los Sres. Baldorioty de Castro, Padial, La Sala, Morales Diaz, Diaz Quintero, Uzuriaga y Anglada, para que «tan luego como se vote uno de los dos proyectos de ley que se están discutiendo, ponga la Mesa á discusion la Constitucion de Puerto-Rico, hasta su votacion definitiva sin interrupcion alguna, toda vez que se ha desechado el aplazamiento y pudiera llegar el momento en que faltara número suficiente de diputados para votar leyes.»

Si ántes hubiésemos tenido á la vista ese impreso en el que encontramos el célebre discurso del nuevo diputado por Puerto-Rico, que apoyaba esa proposicion, Sr. Baldorioty de Castro, y que tuvimos ocasion de oír en la indicada sesion, ántes habríamos hecho el exámen que merece y reclama una oracion en que si no abundan las galas oratorias, que si no revela las altas dotes del hombre político previsor y desapasionado, y en el que si no encontramos al escucharlo la solidez de razonamientos que debe ser el arma del que superior á la esclavitud de las doctrinas de escuela, sólo se inspira en el bien presente y en la felicidad futura de los pueblos por que aboga, hallamos entre la pobreza del estilo, en medio de la inseguridad de la expresion y á través de la oscuridad de los conceptos, motivos para comprender que acaso, como tambien opina el ilustrado periódico *La Epoca*, «el diputado se proponia ejecutar un acto, no obtener una votacion, y ha realizado su objeto: ha cruzado al otro lado de los mares una voz amiga para determinar elementos.»

No queremos detenernos en el juicio crítico de la peroracion bajo el punto de vista literario; serian suficientes bien pocas palabras para hacerlo, no sólo considerando el discurso tal como fué hablado, sino aun como se publica mejorado con correcciones, que por más cuidadosas que hayan sido, no pueden darle el mérito que no tiene ni por sus formas, ni por su diction: Vamos á ocuparnos de él en cuanto á su objeto y en cuanto á sus consecuencias posibles.

Nacido el Sr. Baldorioty de Castro en Puerto-Rico, como nosotros en Cuba, no puede desconocer á menos de hallarse completamente alucinado, que en esas islas existe un partido que aspira única y constantemente á separarse de la nacionalidad española y que para alcanzar fin tan bastardo y tan traidor, ha venido cubriendo el rostro y la traicion con los proyectos de reformas exageradamente liberales, á fin de aprovecharse de ellas para trabajar á mansalva en la conjuracion contra nuestra patria.

La sublevacion de Lares, ahogada al nacer con una actividad, con una energia y con una fortuna admirable por el dignísimo jefe que tenía á su cargo la conservacion de Puerto-Rico, era exactamente igual á la que presencié Trinidad de Cuba en 1851, capitaneada por Armenteros; á la que estalló en Puerto-Príncipe; á la que se proyectó por Pintó despues: y que no tuvieron los graves resultados que la que se inició en Yara en 1868 y que aún se manifiesta en Cuba, inspirada tambien en el mismo envidioso y parricida encono, con el mismo grito de independencia y con los mismos propósitos separatistas.

Nosotros que no nos engañamos al apreciar justamente los hechos, y que no nos dejamos arrastrar por la exposicion más ó menos diestra de los acontecimientos, sin que distrajesen nuestra atencion por la narracion de ciertos sucesos escogidos quizás para causar efecto y presentados para hacer presion moral en los ánimos, sin prestar mucho valor á las acusaciones de embriaguez de despotismo, que, lugares comunes, gastados ya, se prodigan sin cesar contra nuestras autoridades en América por los que quisieran trasplantar á esas provin-

cias el árbol de la democracia, que como otras plantas de diferentes climas cuando son llevadas á tierras de distintas condiciones, siempre producen malos frutos, buscábamos una verdad especial en el discurso del Sr. Baldorioty y la esperábamos seguros de que habia de asomarse entre las frases que la velaban, porque la verdad, así como la luz del sol que puede ocultarse por algun tiempo tras el denso manto de las nubes rompe las nieblas al fin, se asoma y lanza un destello que basta para iluminar á los que la aman.

Y esa verdad era esta: en la madre patria las revoluciones se hacen al grito «viva la libertad!» en nuestras provincias del Nuevo Mundo se manifiestan con el grito «viva la independencia!» como el orador expresó con voz clara y sin ambages; pero lo que no nos dijo, y esto á nuestra vez lo explicaremos nosotros, es la razon de esa diferencia de bandera tan absoluta: los revolucionarios aquí, arrastrados por las doctrinas que forman los diversos credos políticos, llevan por objeto modificar el estado ó la situacion política del país, mientras que los revolucionarios de allá sólo se proponen destruir nuestra nacionalidad.

Las palabras del Sr. Baldorioty de Castro, que resumen las dos tendencias tan opuestas, han sido muy útiles para que la sabiduria de la Cámara comprenda los graves males que en tan delicados asuntos como son las innovaciones violentas, habria de traer la resolucion precipitada de las leyes que pueden alterar para siempre y de un modo ruinoso la vida de aquellas sociedades.

Porque no es exacto que ese espíritu desorganizador que ostentan los fingidos liberales de Cuba y Puerto-Rico, ni los movimientos insurreccionales que allí han ocurrido y que despues estallarían con más audacia aún, á la sombra de ilimitadas y repentinas franquicias, tengan el mismo origen y el mismo carácter que el espíritu que impulsaba á los nobles Comuneros y que el santo alzamiento que terminó con la pérdida de las antiguas libertades españolas en los campos, para nosotros sagrados, de Villalar, como ha indicado el Sr. Baldorioty. Tal comparacion es una sangrienta injuria lanzada contra la augusta memoria de los ilustres varones que sucumbieron sosteniendo los derechos de la patria.

Allí lidiaba la lealtad castellana contra el poder que aspiraba á despojar á España de derechos que poseia, al paso que en las dos islas de Cuba y Puerto-Rico, se desenvaina el puñal contra el pecho del padre y del hermano: allí los españoles querian ser siempre españoles: en las Antillas los descendientes de los que descubrieron y civilizaron el suelo que pisan, quieren renegar de su origen y de su nombre.

¿Cabe semejanza, hay identidad, hay comparacion posible entre la apostasia y el honor?

¿Qué fueros amenazados, qué derechos anteriores reivindicaban los insurrectos de Lares? ¿De cuáles se habia despojado á los de Yara? En los momentos en que la madre patria les ofrecia prodiga esas garantías porque fingian suspirar los ocultos insurgentes, ¿cómo contestaron estos? Repitiendo el constante clamor de separacion y los ultrajes contra nuestra bandera. Ya no tenían escusa para la rebelion y por eso se arrojaron á ella.

¿Por qué, ha preguntado el Sr. Baldorioty de Castro, los vocablos libertad é independencia, llegaron á ser sinónimos en América? Nosotros vamos á contestarle.

Hay en el corazón del hombre dos pasiones mezquinas que si no tienen el freno de la buena moral y el correctivo de la virtud que prescriben la obediencia al deber y á la sana razon, le arrastran al olvido de las obligaciones más sagradas y á la perpetracion de las faltas más vergonzosas. Esas dos pasiones son la soberbia y la envidia. Ahogando los sentimientos nobles despertan la ingratitude y precipitan al mal. Desgraciadamente un número de descreídos en Cuba y en Puerto-Rico, pisando los recuerdos, desagradeciéndolo los bienes y los favores y avergonzándose de sus ascendientes, se han creído dignos de encumbrarse á elevadas posiciones y de adquirir la supremacia, á que sólo les dá título la audacia; y para conseguir la satisfaccion de sus deseos, no han vacilado en pertur-

bar la tranquilidad de los pobladores pacíficos de esas islas, que alejados de las esferas políticas vivían tranquilos, haciéndolos instrumentos inconscientes de sus planes con las exageradas promesas de un mayor bienestar y con un encumbramiento que por lo mismo que es una ilusion les seduce. Así ha obrado la soberbia. ¿Y la envidia? Otros, despechados porque mientras en su vida de disipacion habian destruido la fortuna creada por su padre español, veían que el peninsular, entregado al trabajo y á la economia creaba un capital, fruto de sus privaciones y de sus fatigas, han creído que les era muy fácil apoderarse de esa riqueza, provocando rebeliones contra la nacionalidad, para consumir el despojo y la expulsion de los envidiados, como hicieron sus modelos en insurgentismo en el continente americano.

Para llegar al poder que ambicionaba su soberbia y para apoderarse de esos bienes que anhelaba su envidia, habian de alzar la bandera de la libertad dentro de esa nacionalidad que les estorbaba? ¿Habian de difundir las ideas de reformas con la lealtad á España por divisa? No: tenían que preparar los ánimos de las masas, esparcir las doctrinas de la traicion y enarbolar la enseña de la independencia. Por eso aquí las revoluciones, por más radicales que sean son revoluciones españolas, y allá las insurrecciones, por más hipócritas que se ostenten y más justas que se finjan, son manifestaciones del insurgentismo y de la traicion.

Y no se pretenda dar por excusa que están cerrados á los naturales de esas tierras los caminos que conducen á esas situaciones elevadas y á la adquisicion de la fortuna. Seria una insigne falsedad.

Si los estrechos limites de este escrito nos lo permitieran, citaríamos por sus nombres muchos, muchísimos insulares que ántes y hoy en las esferas oficiales y particulares han llegado á ocupar altos empleos y posiciones respetables; que es una verdad que no puede ponerse en duda que los americanos españoles, cuando imitan á sus antecesores y no quieren renegar de su origen, ni apostatar de su bandera, se ven rodeados de aprecio y de simpatías en esas islas.

¡Ojalá que nunca veigan los acontecimientos á darnos pruebas con que contradecir al señor Baldorioty de Castro, por aquello que ha dicho en la Cámara de que en Puerto-Rico no hay ni los medios, ni la tendencia á separarse de España!

Dejemos á un lado los recuerdos de la rebelion de Lares, tan cercanos de hoy; y limitémonos á lo que la experiencia nos ha enseñado sobre las ideas separatistas en Cuba.

Tenemos en nuestro poder las protestas de fidelidad que prodigaban los fingidos reformistas, aquí, en Madrid mismo, estampando con mano firme sus nombres al pie de sus hipócritas escritos. Tambien habia muchos que, como el diputado de Puerto-Rico cree de todos sus paisanos de provincia, creían en la fidelidad de esos hombres y que, como ellos, aseguraban que en Cuba sólo se deseaban reformas liberales para estrechar más y más los lazos de union y de fraternidad, así como en la América del continente se protestaba, haciendo la revolucion para apoderarse del poder, de una lealtad exagerada al rey.—Despues vimos á esos mismos reformadores precipitar y dirigir la insurreccion por ellos propios desde muchos años antes preparada.

Puerto-Rico, dice el Sr. Baldorioty de Castro que tiene hambre y sed de justicia, que allí reina la paz, y que sus representantes reclaman dentro de la legalidad nacional sus derechos. ¿Y quién se los niega? ¿Acaso se ha pronunciado una sola palabra, se ha alzado una voz contra esos derechos, ó pidiendo que se les prive de esa justicia? ¿Cuándo, cómo, qué personalidad ha venido á disputarle el goce de las libertades que se le han ofrecido? Nunca, de ningún modo y nadie se ha tomado el inútil é inoportuno trabajo de negarle los beneficios á que aspira y que sus representantes reclaman.

Los habitantes de Cuba, que amenazados en la conservacion de su nacionalidad, preven graves males con las innovaciones violentas en el régimen de esa Isla hermana, han solicitado una espera momentánea, bien corta, por la pro-

ximidad del momento en que llegarán aquí sus diputados, para que concurran á la discusion de innovaciones que han de ser idénticas á las que en aquella provincia se establezcan; y la han solicitado porque las dos Antillas son idénticas por su situacion social, por la clase de su riqueza y por las relaciones que guardan entre sí los elementos heterogéneos de su respectiva poblacion, por más que otra cosa se sostenga y por más que otra cosa se quiera hacer creer.

Muy lejos estamos de pensar que hay en el ánimo del Sr. Baldorioty de Castro la idea de llevar á la pacífica Puerto-Rico la duda de si se le concederán ó no las anheladas reformas, para crear en sus comitentes el disgusto consiguiente á esa indicacion; seria esto hacerle una indebida ofensa, y nosotros por lo mismo que no titubeamos en los cargos cuando tienen fundamento, no aventuramos suposiciones á que no nos dá derecho una verdadera conviccion; pero por la propia razon que así procedemos, no nos parece prudente que se profiera una sola palabra que por más que sea dictada por la mejor buena fé, pueda levantar allí temores infundados ó servir de pretexto para que determinados elementos provoquen conflictos lamentables, convencidos nosotros de que muchas veces buscan algunos excusa ó fingen perder una esperanza para dar colorido de justicia á los actos más punibles.

Suspendemos por hoy y para continuarlo en los próximos números de la INTEGRIDAD NACIONAL el exámen del cansado discurso del señor Baldorioty, esperando que la cordura de nuestros hermanos de Puerto-Rico será superior á toda clase de prevenciones, y que dando un ejemplo de verdadera cultura, no admitirá lo que algunos quisieran que admitiese; esto es, que hay la menor intencion de oponerse á las mejoras que en el régimen de aquella isla sea útil realizar.

## EL RADICALISMO ROJO.

Hace mucho tiempo que el espectro del radicalismo rojo se venia presentando en Europa y sobrecogía de pavor y espanto á todos aquellos que viven en constante laboriosidad, contribuyen á las cargas públicas, se apartan de la continua lucha de los partidos y sólo anhelan que no se altere el orden, porque es el orden tan necesario al fomento de los intereses materiales de un pueblo, como á la existencia del individuo es necesario el aire que respira. Y el radicalismo rojo aparecia en verdad imponente, unas veces amenazando por medio de sus órganos en la prensa y en la tribuna, otras creando dificultades y conflictos á los gobiernos de las diferentes naciones; ora escogiendo á un país por teatro de una sublevacion que el buen sentido popular sofocaba, ora paralizándolo en otro las transacciones comerciales con anuncios que no habian de cumplirse; ya adoptando el sistema del descrédito para herir á sus adversarios, y ya, en fin, recurriendo á medios, infinitamente más indignos, que la conciencia universal repueba y el sentimiento público rechaza. Sin embargo, despues del periodo que ha trascurrido desde la jornada de Mentana, parecia como que se preparaban grandes acontecimientos y que ese partido, envalentonado por la activa propaganda de sus apóstoles, por los debates parlamentarios en que tanto se ostentaba la osadía de sus adeptos en Italia, por las prevenciones contra el Ministerio Rouher en Francia, por la actitud de Mazzini, de Rochefort y de Kossuth, por las alharacas de *Le Rappel*, de *La Lanterne* y de *La Marseillaise*, y en fin, por el fanatismo de esas turbas inconscientes que convierte en instrumento de sus ambiciones, se disponia á librar la gran batalla á los poderes constituidos, á turbar el orden público en una y otra nacion, y á reproducir esas escenas de horror y de sangre que tanto han manchado la historia de algunas épocas. Pero el radicalismo rojo no se atreve muchas veces á lanzarse al campo cuando se cree con motivos que poder invocar, acaso porque teme la mano vigorosa de las situaciones de fuerza, y sólo busca pretextos y se dispone á la pelea cuando se ha abierto la era de la libertad, y cuando ésta, hermanada con el orden,



garantiza todos los derechos y satisface cumplidamente todas las exigencias de la opinion pública. Así, pues, el partido de accion que á nada se atreva en Francia, mientras el poder personal imperaba, fuera de algunas inocentes expansiones en el cuerpo legislativo, aparece con nuevos bríos cuando el Emperador Napoleon entra en el camino de las reformas liberales y llama á sus consejeros á hombres de tan probado liberalismo como los miembros del Gabinete del 2 de Enero. Entonces y sólo entonces empezaron á levantarse barricadas en las calles de París, se oyeron gritos subversivos, tuvieron lugar choques violentos, se convirtieron los periódicos en libelos difamatorios, y por último, para oprobio de la civilizacion, se trató de realizar los criminales intentos del regicida Orsini. Semejantes sucesos ocurren en Italia, donde los enemigos del orden nada intentaron mientras se halló al frente de la gobernacion del Estado el general conde Menabrea, representante genuino de la fraccion menos avanzada del partido constitucional. Sin embargo, derrotado en la Cámara popular el Ministerio, y llamado á sustituirle, según las prácticas parlamentarias, el Sr. Lanza, presidente de la misma y jefe de la oposicion liberal, los que hasta aquel momento se habian abstenido de tomar las armas en defensa de sus principios, se creen acaso alentados por el aura de libertad que va á olear sus frentes y se levantan las partidas de latro-facciosos, menos partidarios que *brigantes*, de cuyas correrías han sido teatro las provincias meridionales, sin que se pueda saber—tan encontradas son las aseveraciones—si los hijos de Garibaldi las han favorecido ó no.

Pero el *radicalismo rojo*, por lo mismo que no tiene excusa para llevar adelante sus intentos cuando Ollivier gobierna en Francia y Lanza rige los destinos de Italia, no se lleva las simpatías de los verdaderos liberales y asusta menos á los que desean principalmente el sostenimiento del orden. La actitud de los *irreconciliables* ha sido acogida en Francia con una indiferencia depresiva y acaso haya producido el efecto contrario que esperaban, puesto que la mayor parte de los votos que en el plebiscito ha obtenido el imperio deben ser considerados más bien que como una muestra de adhesión á la dinastía napoleónica, como una protesta solemne contra las exageraciones del grupo menos crecido pero más bullicioso de la nacion, que pone en peligro con su conducta todos los intereses creados y todas las fortunas legítimamente adquiridas. La sensatez del pueblo ha castigado en Italia con el mismo desprecio á los muñidores de trastornos y á los insurrectos de Cattanzaro; perseguidos por las tropas del Gobierno y más aún por la antipatía de sus propios conciudadanos, tienen que apelar á la fuga para poner su vida á salvo despues de su corta y ridícula peregrinacion.

En Portugal acabamos de ver verificarse una revolucion inmotivada; y ¿cómo ha acogido la opinion pública el fácil triunfo del mariscal Saldanha? ¿Con qué desconfianza no ha mirado la muchedumbre al que en otro tiempo fué su idolo? ¿A cuántas protestas no ha dado lugar en todo el reino su desmedida ambicion? ¿Por qué se ha visto obligado á declararse hostil á la única bandera bajo la cual se pudo cobijar al hacer armas contra los ministros de su soberano? Es lo cierto que el duque de Saldanha ha contado con las bayonetas para apoderarse del poder; pero no lo es menos que el pueblo no le ha ayudado en su empresa, y que por consiguiente en derredor suyo sólo ha encontrado el vacío, y esto nos explica de un modo fácil su tardanza en constituir ministerio á pesar del sincero y decidido apoyo que con este objeto recibe, sin duda alguna, en la cámara real.

¿Qué significa la actitud digna, reservada y tranquila de la opinion pública enfrente de los que, tomando hipócritamente por enseña el nombre de la libertad, aspiran á satisfacer sus ambiciones personales y de los que, llevados por un fanatismo ciego, atentan contra el orden y ponen en peligro á la sociedad en el ansia de realizar un ideal irrealizable? Significa un verdadero progreso en la cultura de los pueblos; significa que las lecciones de la experiencia no han pasado desapercibidas; significa que el hábito del trabajo es ya más poderoso que el influjo de ciertas engañosas promesas; significa, por último, que las doctrinas conservadoras que se fundan en la existencia del orden hallan más eco que esas ideas disolventes, que esas groseras exageraciones que, al subvertirlo, ocasionan tantos y tantos males lo mismo en la esfera moral que en los intereses materiales de las naciones.

Todo esto y algo más significa también la actitud desdeñosa ó más bien el odio profundo que ha inspirado á los leales habitantes de la isla de Cuba el *radicalismo rojo* que allí representan Céspedes y los asesinos é incendiaros que se llaman soldados de la *independencia*. El *radicalismo rojo* en la reina de las Antillas, ha vertido sangre, ha acontado ruinas, ha ejercido actos de barbarie, ha cometido crímenes de toda especie, pero ha hallado su castigo en el desprecio y el odio de los mismos pobla-

dores. Sólo así se comprende que habiendo estado alguna vez desgarnecida casi por completo la Isla y contando los insurrectos no sólo con sus propias fuerzas sino con el auxilio de todos los vagabundos de América que reclutaban; no sólo con sus propios recursos, sino con el oro de ciertos simpatizadores ridículos y en algun caso con los tesoros de las repúblicas del Pacifico, nada hayan podido conseguir contra la dominacion española. Es que el espíritu público les ha sido siempre hostil, y por eso los habitantes de Cuba han abandonado los placeres de la opulencia, se han separado de sus familias, han sacrificado sus intereses, han buscado los peligros de la lucha, han prodigado su sangre por la patria española, y dando un mentís solemne á los que afirmaban que aborrecian á España, han venido á probar que vivirán siempre unidos á la metrópoli por más que trate de impedirlo una y otra vez ese odiado *radicalismo rojo*, fuente de la desgracia de los pueblos.

### LAS ELECCIONES EN CUBA.

Los periódicos que hacen gala todos los días del radicalismo de sus tendencias, los que encuentran estrechos todos los progresos para contener las aspiraciones liberales de su partido, los que decantan, en fin, respeto profundo á la soberanía popular manifestada por el voto, han recibido con indignacion las noticias de haber ordenado el señor ministro de Ultramar, que se verificaran inmediatamente las elecciones de diputados á Cortes en la isla de Cuba. Los que pedían en otros tiempos reformas exageradas, los que quisieron más tarde que se consultara la voluntad de aquel pueblo para conocer la nacionalidad á que deseaban pertenecer, los que deponiendo enfadosos misterios, insisten actualmente porque se ceda á los Estados Unidos una provincia española, prescinden de reticencias innecesarias, abandonan nebulosidades inútiles, y declaran terminantemente que no pueden aceptar la legalidad de las elecciones de que se trata, porque faltan de la Isla muchos electores insulares, y se hallan oprimidos fuertemente los que en la actualidad residen.

Como ven nuestros lectores, el esmero con que se trataba de disimular anteriormente la verdad de las intenciones, ha desaparecido; ya no se discute la conveniencia de las reformas, ya se olvida el afirmar que todos los habitantes de las Antillas son enemigos del Gobierno español: las distancias se han estrechado, las elecciones van á tener lugar, y como ni las reformas ni conocer la voluntad de los cubanos era el objeto de los trabajos de *El Universal*, de aquí que se vuelve ahora contra lo mismo que venia solicitando, y que manifieste clara y terminantemente que no puede aceptar la legalidad de un cuerpo electoral, donde no van á hallarse para emitir su voto los *desgraciados* insurrectos, refugiados en la República americana.

Pero no indigna sólo á nuestro colega que faltan de los comicios los individuos que componen la junta separatista de Nueva-York, y los que prodigan su *patriótico* esfuerzo preparando expediciones filibusteras; lo que principalmente exaspera el españolismo de nuestro colega, es que la mayoría de los habitantes de Cuba, cediendo á las exigencias del elemento español, darian sus votos casi por unanimidad á los que representarían fielmente las tendencias de este partido.

Entonces, dice *El Universal*, los *diputados electos serian indudablemente los bodegueros, los comerciantes de carne humana y algunos hombres que explotan el exagerado patriotismo de muchos á quienes se han hecho creer los mayores absurdos y desatinos*, añadiendo al propio tiempo con ese estilo comedido y profundamente razonador que caracteriza á nuestro colega, que la eleccion expresaria sólo los deseos de los voluntarios de la isla, *de esos que van á hacerse ricos á ella llevando escrito en su bandera que los fines justifican los medios, de esos negreros desalmados que quieren perpetuar allí los abusos, la arbitrariedad y la tiranía más odiosa*.

No se quejarán seguramente los amigos de *El Universal*, de que le falta celo para la lucha que hace tres meses sostiene con verdadera fe, con verdadero entusiasmo, sin desaprovechar una ocasion, sin perder día en que no encarezca la gran conveniencia y patriotismo de resolver la insurreccion cubana por medio de la cesion á los Estados Unidos. A los que han dado pruebas indudables de amor á nuestra nacionalidad, á los que han luchado por mantener el prestigio de nuestra causa, á los que han entregado el fruto de su trabajo y el patrimonio de sus hijos en beneficio de los intereses generales del país, los califica de *negreros*, les echa en cara el ejercicio de una profesion honrada, y duda de que tengan el derecho de intervenir en la suerte futura de una provincia que enriquecieron con sus esfuerzos; á los que prepararon mañosamente la insurreccion que intenta separar aquellas provincias de la madre patria, á los que dirigen desde el extranjero la lucha contra nuestros hermanos, á los que procuran

en la Península estraviar los ánimos, y justipreciar las conciencias, les supone una superioridad que no existe, les achaca una generosidad de aspiraciones que no manifestaron nunca, y les atribuye el derecho de constituir parte del cuerpo electoral que ha de enviar sus diputados á las Cortes de la nacion española.

Si se necesitaban pruebas del extravío de *El Universal*, si se querian testimonios para apreciar la ofuscacion de nuestro colega, medítese en las consideraciones que dejamos indicadas, y por cima de esas protestas de liberalismo, y de tantas declamaciones reformistas, se hallará la ciega obstinacion de defender la cesion á los Estados Unidos, como el objeto único de su política ultramarina. Por eso rechaza la eleccion de diputados en Cuba, por eso insulta á los que responden con lealtad á los deberes del patriotismo, y ensalza uno y otro día á los que apoyan en la junta de Nueva-York las ideas de nuestro colega.

No insistiremos en presentar ante la opinion pública la conducta de *El Universal*; larga por demás seria la tarea de recoger las protestas de indignacion con que se ha contestado de todas partes á los proyectos de ese periódico, y no entra en nuestros propósitos abandonar la seriedad con que discutimos, para convertir nuestras columnas en eco de los murmullos que se agitan en las plazuelas. Conste, sin embargo, que por cuantos medios tiene de manifestarse el sentimiento de todos los españoles, se ha condenado con energia su actitud, y que no ha faltado quien la encuentre más simpática á las tendencias de nuestros enemigos, que á los deseos de los leales.

Pero abandonemos cuestiones que nos separan del objeto esencial de nuestro artículo, y vengamos á la causa principal de esta contestacion. Nos hallamos enfrente de un hecho que realiza indudablemente un progreso en las instituciones políticas de las Antillas; se trata de consultar el voto de sus habitantes acerca de la organizacion porque han de regirse en lo sucesivo, se quiere reformar por este medio cuanto exija mejora en las provincias ultramarinas, y sin embargo se quiere contrariar el único medio de realizar con acierto esta alteracion, por los mismos que la pedían con más insistencia. Si se deseaba sinceramente que se adoptara un sistema más liberal, si se creía que disminuiría la insurreccion adoptando ciertas concesiones, ¿por qué se protesta contra las elecciones ordenadas por el Sr. Moret? ¿Por qué se hace oposicion á una conducta absolutamente precisa dados los principios que se admiten en la actualidad?

Y no se diga que se combate únicamente la legalidad de la eleccion, no se nos hagan pinturas exageradas de nuestro sistema colonial, porque esas declamaciones que se dirigen á excitar las pasiones de las multitudes, necesitan tener en su apoyo pruebas para que merezcan la atencion de las personas sensatas. Se dice que existe allí constantemente la tiranía más injusta, que las leyes son objeto de burla para las autoridades, y que los elementos insulares se hallan oprimidos por las exigencias de los voluntarios; pues tráiganse pruebas y se tendrá el derecho de afirmar que mientras existen esos hechos la eleccion no puede ser legal; pero mientras se insulte y vocifere, mientras se amontona acusaciones sin presentar un solo testimonio que las justifique, nosotros que discutimos, nosotros que hablamos con pruebas en apoyo de nuestros argumentos, podremos asegurar á todos que son inexactas y ligeras tan efímeras afirmaciones. Citanse, por ejemplo, las elecciones municipales como un testimonio de la arbitrariedad con que allí se procede; preséntase el acto de escoger la autoridad á algun individuo peninsular entre los que se presentan en terna, como un síntoma de lo que ocurriría al elegir los diputados; insístese con este motivo en la imposibilidad de realizar legalmente la emision de los sufragios, y olvidase lastimosamente que una cosa es constituir los ayuntamientos dentro de la legalidad hoy reconocida, y otra proceder al nombramiento de los representantes de aquella provincia. La autoridad, al elegir entre los individuos que se le presentan, el que ha de desempeñar las funciones municipales, no comete un acto arbitrario al nombrar al que reúne más condiciones, dispone de unas facultades reconocidas por la ley y sancionadas por la opinion pública: ahora bien, ¿tiene esto por ventura algo de comun con las elecciones de diputados á Cortes, que han de hacerse libremente por el pueblo, y con independencia absoluta de la autoridad?

¿Pues á qué confundir entónces cuestiones diferentes, á qué presentar ante el público á la autoridad como árbitra del cuerpo electoral cuando no hay razones que lo justifiquen?

Mas para qué cansarnos en insistir más; en el artículo de *El Universal* está muy de bulto la intencion que ha dictado esos violentos ataques contra la venida de los diputados cubanos. Defiende todos los días la cesion á los Estados Unidos, asegura que la mayoría de aquellos habitantes son contrarios á nuestra nacionalidad, y justo es que se oponga á que vengán sus representantes á decir ante la repre-

sentacion nacional, que desean sólo continuar unidos á nuestra patria y fortalecer los vínculos que en la actualidad los ligan. Si pudieran votar los que luchan contra nuestra causa en los campos de la Isla de Cuba, si tuvieran el derecho de intervenir los que dirijen desde los Estados Unidos el movimiento separatista, y nuestro colega tuviera la certeza de su triunfo, seguro es que patrocinaria calurosamente las elecciones en la Isla de Cuba; pero como comprende que existe allí un vigoroso sentimiento español, como está seguro de que excede el número de los leales, y que sería absurdo llamar á influir en la suerte de una nacion á los que hacen gala de no reconocerla, protesta de ese acto, se indigna de que se defienda, aunque esté en abierta contradiccion esa actitud con los principios de la escuela á que pertenece.

Por fortuna las palabras de *El Universal* serán estériles para contrariar unas órdenes que han respondido á necesidades imprescindibles, y la odiosidad que despliega contra los voluntarios, la violencia de que se hace eco en el artículo que refutamos, será sólo un testimonio más de los errores á que arrastra por lo comun el fanatismo de unas doctrinas equivocadas.

Entre tanto, las Antillas responderán al llamamiento del Gobierno, y unidos todos en el lazo del mismo patriotismo, desearán sólo de la prosperidad comun, ejercerán sosegadamente el más grande de los derechos, y darán, á los que aún dudan, un nuevo testimonio de los sacrificios que está dispuesto á realizar el patriotismo de nuestros hermanos.

Entonces los que gritan hoy contra esos españoles calificándolos de *negreros*, verán acudir ante la soberanía de las Cortes á los diputados cubanos, trayendo en una MANOLA LIBERTAD POLÍTICA COMPATIBLE CON SU SITUACION ACTUAL, Y EN LA OTRA LA EMANCIPACION DE ESA RAZA DE LA QUE SE LOS CONSIDERA INÚTILES EXPLOTADORES.

Gloria inmensa seria para el Gobierno que lograra realizar el establecimiento definitivo del derecho en todas las provincias ultramarinas; glorioso seria también para la nacion española llegar tras tantas inquietudes á la resolucion tranquila de la cuestion social; motivo de profunda satisfaccion para nosotros que trabajamos modestamente por la prosperidad de las Antillas, pero objeto de vergüenza y causa del escarnio público, para los que en momentos de peligro, denigraban los servicios de nuestros hermanos, y proponían abandonarlos á la codicia del extranjero.

### VALMASEDA.

Es singular el espectáculo que están dando algunos periódicos, extraviados acaso por la pasion política, así como son bien tristes los comentarios á que se presta la mision equivocada que desempeñan.

Hubo un tiempo, y no muy remoto, en que la prensa de Madrid se dedicaba *unánime* á anatematizar los actos de salvajismo de los insurrectos de Cuba, así como no se veían en ellas más que elogios para la totalidad de los ciudadanos que contribuían á combatirlos.—En aquel periodo el sentimiento nacional se mostraba aquí en perfecto acuerdo con los que sostenían nuestra nacionalidad en Cuba, y hasta los republicanos exaltados guardaban silencio en las Cortes, para no crear dificultades á la accion de nuestras armas, ni promover innovaciones que retardaran la pacificación de aquella isla.

Entonces no se alzaba una sola voz para escusar á los rebeldes, sino sólo para censurar su desatentada conducta y su ingrato proceder con la Metrópoli, que se anticipaba á ofrecerles espontáneamente mucho más de lo que jamás pensarían obtener.

Después las cosas han cambiado grandemente, y no parece sino que han sentido sus reales en Madrid los laborantes más peligrosos y más audaces.

Al principio algun raro periódico, á lo más que se atreva era á lanzar diatribas y censuras acerbas sobre el régimen colonial, haciendo caso omiso y casi aparentemente ignorar las reformas políticas que se prometieron y hasta llegaron á iniciarse en las Antillas: también se ocultaba maliciosamente, por esos liberales de nueva especie que entónces empezaban á dar señales de vida en nuestros asuntos coloniales, la acogida traidora que obtenían en la Habana las libertades que planteaba el general Dulce, engañado este jefe, según él mismo decía, por los que más confianza y distinciones le habían merecido.

Más tarde se empezaba á insinuar, casi con timidez, y como quien le toma el pulso á la opinion, que á los insurgentes no les alentaba á la resistencia más que la desesperacion y la falta de seguridad individual.

Pero mientras esto decían aquellos que comenzaban á patrocinarnos con tanta *benevolencia*, esos encarnizados enemigos de su Madre Patria no se cansaban de repetir en todos los tonos, tanto en sus proclamas como en los diarios extranjeros que les eran adictos, que su única aspiracion era separar á Cuba de España, y que de ninguna manera querían depender de ésta por más liberal que fuera el régimen que decretara para las Antillas.

Sin embargo de tal contraste entre lo alegado aquí, y lo sostenido allá por los órganos filibusteros, aún llegaba á ser más irritante la pretension formulada por los que abogaban por ellos en Madrid.—Siempre en nombre de la libertad, y de una manera insidiosa, se pedía el desarme de los voluntarios de Cuba, no por odio á ellos, sino para que los *patriotas* cubanos quedaran en un pie igual con los peninsulares y no estuvieran bajo la presion armada de los que eran tachados de formar el partido reaccionario: en





este sentido también abogaba una potencia extranjera, y esto se decía con la mayor formalidad, como si un pueblo viril y amenazado, fuera capaz de entregarse inermemente a la ferocidad de un enemigo irreconciliable.

Pero lo singular era, que mientras aquí se pretendía obtener entre los dos bandos que dividían a Cuba, esa especie de equilibrio tan anómalo como *leonino*; mientras se nos alucinaba con que las tropas españolas formarían el fiel de la balanza en que se pesarían las pretensiones de los rebeldes y de los leales y de que sería juez la Metrópoli; mientras se encomiaba la buena fe de aquellos, hasta no considerarse peligroso que continuaran armados durante el tiempo que necesitaran para formular sus quejas, llegaban aquí las noticias detalladas de sus crueldades, de sus asesinatos, y del incendio y la devastación con que estaban afligiendo la provincia más opulenta de la monarquía.

Entonces se vió claro que lo que se intentaba era ganar tiempo para ellos, al solicitarse así de una manera vergonzante un armisticio, en que se tenía la candidez o la originalidad de pedir como primera condición que se debilitara o anulara el primer elemento de defensa con que allí contábamos.

Mientras estuvieron esperanzados los insurrectos con la ingenuidad o apoyo de los Estados Unidos; mientras las costas de Cuba, poco vigiladas, daban fácil acceso a los filibusteros y a los cargamentos de armas y provisiones que les enviaba la junta de New-York; mientras creyeron fácil y pronta la victoria sobre nuestro poder, sus agentes en Madrid guardaron reserva; pero cuando un nuevo cuerpo de ejército fué de aquí a alentar el ánimo de nuestros hermanos, cuando las cañoneras cayeron casi herméticamente los puertos y radas de nuestra grande Antilla, y sobre todo, cuando de la potencia que todo lo esperaban no oyeron al fin más que palabras desabridas o de indiferencia, su furor no conoció límites, y trataron de desfogarlo con injurias y con la invención de toda clase de acusaciones que pudieran rebajar el merecido prestigio de los defensores de nuestra honra en América.

Ya no se contentaron sus amigos y sus agentes en Madrid con clamar contra el régimen colonial y los horrores pasados y presentes del gobierno de Cuba, sino que desembozadamente empezaron a hacer el panegirio de los rebeldes, a escusarles calorosamente, y a destilar toda la hiel de su cólico despecho contra las autoridades y los habitantes leales; y naturalmente, como el nervio de la defensa y la reserva poderosa que había servido para dar tiempo a que llegaran los refuerzos de España fuesen los voluntarios, estos dignos y heroicos ciudadanos tenían que ser el blanco predilecto de sus odios y de su saña.

¿Cuánta no habrá sido la habilidad y la perseverancia del laborantismo en Madrid, cuando hasta han hallado periódicos a quien impresionar con sus falsos lamentos, llegando a estraviar su buena fe con ficciones y patrañas de que inocente é inconscientemente se han hecho luego eco algunos de nuestros engañados colegas! Dichosamente han sido muy pocos los que han tenido la desgracia de convertirse, sin saberlo ni sospecharlo, en instrumentos de las malas pasiones de nuestros enemigos; pero así y todo, el mal que hacen a nuestra causa no tiene ni la escusa del sentimiento generoso a que en ellos puede haberse apelado.

Contra ese trabajo sordo y subterráneo de lamentaciones y de difamación, se presentaban de frente los informes oficiales continuos que venían a descubrir el verdadero carácter é indole de la rebelión cubana.

Pero por dura que fuera la tarea, no les ha arredrado, y todos sus esfuerzos los han desplegado en desnaturalizar los sucesos y en suponer intenciones, desde las columnas de esos periódicos que eran con ellos tan *inconscientemente benévolos*.

No nos ocuparemos ahora de esos artículos amañados, pues nuestra reprobación sería un grano de arena al lado de los anatemas que contra ellos han fulminado millares de buenos españoles, sorprendidos de que haya quien pida, con la pluma, y en Madrid, lo mismo que los insurgentes tratan de obtener por medio del vandalismo: unos y otros aspiran a la desmembración de la Monarquía, y a que abandonemos a multitud de nuestros hermanos que no quieren separarse de nosotros, y nada sería más excusable que calificar con el mismo nombre a los que se hallan animados de iguales ideas y deseos.

Grave, gravísimo debe ser el mal hecho por tal trabajo de zapa y la atmósfera que se ha creado, cuando hasta por hombres que han ocupado elevadas posiciones, y por políticos de alta talla, aún se sostiene, quizás irreflexivamente, que lo que piden los insurrectos con las armas son libertades.

«No se las concederemos mientras las pidan a mano armada», dijo varias veces el Sr. Becerra mientras fué Ministro: eso mismo oíamos repetir hace cuatro días al Sr. Figueras, no dándonos cuenta de que así desnaturalizaran con su autorizada palabra la indole verdadera de esa funesta rebelión que ha estado asolando los campos de Cuba.

Es un error: ni ahora ni antes han luchado los insurrectos de Cuba por la libertad, sino por la desaparición de nuestro poder en América: lo que han pretendido llenos de odio y de rencor, es que perdiéramos para siempre lo poco que nos queda en el mundo que descubrimos y civilizamos: ellos han hecho hasta un alarde cínico de despreciar todas las concesiones que pudiéramos otorgarles; y si duda pudiera quedar, ahí están sus proclamas, sus manifestos y sus periódicos, en que lo único que desean de España, es que desaparezca con todos sus hijos leales del suelo de las Antillas.

Esto no debían ignorarlo los que han tenido a su disposición todos los partes oficiales de Cuba, sintiendo nosotros que sus palabras equivocadas fueran a dar una cierta fuerza a esa prensa equivocada, que a todo trance procura denigrar y ofender a los heroicos campeones de nuestra nacionalidad.

Y tan ciertos son nuestros temores, como que ni la noble é intachable figura del conde de Valmaseda ha escapado a sus malignos ataques. Con él se ha olvidado hasta esa severa justicia que se usa en los pueblos civilizados al juzgar al general enemigo que cumple con su deber. ¿Qué podía esperarse de los que han olvidado hasta las nociones de humanidad, en esa guerra en que trataban

de igualarse a las fieras? No es extraño que los que en Madrid se hacen eco de sus instintos y de sus tendencias, calumnien con ensañamiento al noble patriota, cuyas virtudes son todavía superiores a las glorias y servicios que está prestando a su patria.

El ha sido el valladar más poderoso de la insurrección; él fué con su vasta capacidad militar el obstáculo invencible ante que vinieron a estrellarse las acometidas de nuestros enemigos, las maniobras cautelosas y audaces y las intrigas perversas de los laborantes: él desbarató sus planes mejor combinados, desmoralizó sus bandos con un acierto y una actividad incansables, llevando un saludable terror hasta las madrigueras en que iban a guarecerse después de los descabros que les hacía sufrir: él fué, en fin, el que con palabras de benevolencia y generosidad atraía a los arrepentidos y acogía con paternal cariño a las familias desamparadas de los mismos que no cesaban de hostilizarlo.

¿Cuántas veces no se le vió compartir sus alimentos y las escasas raciones de sus soldados con las mujeres y los hijos de los que disparaban contra su campamento, precisamente en los momentos en que él se entregaba a tales actos de caridad!

Si su familiaridad paternal con los soldados, sin descender jamás de su puesto; si sus cuidados y solicitud cariñosa durante las fatigas y penalidades a que los conducía, yendo él el primero; si su valor, su prudencia y su dicha constante en las empresas, lo han llevado hasta ser el terror de los insurrectos y determinar su dispersión casi total, no es de extraño que tanto se haya realizado a los ojos de sus tropas, y que sus compañeros de armas (como él los llama) lo miren hoy como un ídolo y lo quieran como a un padre.

Todos se han portado como dignos hijos de esta noble España, que los enviaba a pelear por su integridad; pero como en las guerras no lo es todo el valor, justo es tributar el merecido homenaje al que con su inteligente dirección y dotes relevantes obtiene tan pronto un éxito tan completo.

Y cuando en todos los pechos leales de Cuba existe la convicción profunda de los grandes merecimientos y virtudes de Valmaseda, y todos quieren espresarle a porfía su gratitud y su admiración, y siguen viendo en él una de las salvaguardias de nuestra nacionalidad; ¿puede sufrirse en calma que aquí se le trate de sanguinario y de cruel, cuando si de algo ha pecado es de excesiva benevolencia con nuestros enemigos?

La isla de Cuba en masa, es decir, los leales, atestiguan lo contrario; así es que no sabemos de quien se hacen eco los periódicos que lo difaman, ó en que fuentes van a buscar los informes, que por lo injustos y lo falsos no pueden proceder más que de la astucia de nuestros enemigos.

¿De qué se le tacha, pues? De no haber impedido que se cumplieran las sentencias dictadas por los tribunales. ¿Podía él hacer nada en eso? Habría sido de su parte un atentado ingerirse en que la justicia suspendiese su curso, y mucho más tratándose de reos que según las leyes militares y las del fuero ordinario debían sufrir la pena marcada al delito de traición. Lo singular es que se muestre extrañeza por tales castigos, estando una provincia en estado de guerra, cuando desde la revolución acá hemos presenciado sucesos y castigos análogos en la Península, sin que a nadie se ocurriese culpar a la autoridad militar de las decisiones de los consejos de guerra, que precisamente tenían que obrar con entera independencia, citándose sólo a los preceptos de la ley.

No nos cansaremos de llamar la atención sobre la actitud admirable de los que no teniendo más que lástimas y simpatías para los sostenedores de esa guerra impía y horrible, son incansables en la tarea de zaherir y lastimar a todos y cada uno de los que pelean porque no perdamos a Cuba: los más meritorios, los más insignes, los que con más abnegación han expuesto su vida a las balas traidoras del filibusterismo, esos son los atacados con más procaacidad en escritos que han de ser leídos con asombro por los extranjeros, mientras a nosotros sólo nos producen rubor.

El conde de Valmaseda está mucho más alto que todos los ataques de la maledicencia; en la hoara de tan ilustre soldado van a embotarse todos los dardos del encono, así como irán a perderse en el vacío los desahogos gratuitos del despecho, ecos lejanos de la pobre cólera de sus inspiadores, que no le perdonarán jamás el haber sido anonadados por él en los campos de Cuba.

Opinion de la prensa sobre el discurso del Sr. Baldorioty y Castro en la sesión de la Cámara el 23 del corriente.

De la Iberia:

«Abierta la sesión, y aprobada el acta de la anterior, se presentó una proposición para que se pusiese al debate, con preferencia a cualquier otro asunto, la Constitución de Puerto-Rico, terminada que fuese la discusión de las dos leyes municipal y de autorización que actualmente ocupan a la Asamblea.

Esta proposición la apoyó el señor Balderioty, diputado puerto-riqueño. Mucho sentimos no ser benevolos con este representante de nuestra Antilla la primera vez que ha hecho uso de la palabra; pero sus frases fueron tan impremeditadas, que no podemos menos de censurar su conducta, por más que le concedamos un sincero deseo de que se active en las provincias ultramarinas el planteamiento de las reformas liberales que todos deseamos ardientemente.»

Del Tiempo del 23:

«La sesión de esta tarde dejará memoria en los fastos parlamentarios. Por primera vez se ha dicho en la Representación nacional que hay aquí filibusteros; por primera vez hemos oído voces en favor de lo que en América representa lo anti-nacional, lo anti-patriótico, lo contrario a la dignidad y a los intereses de España.

¡Ya saben los defensores de la emancipación de Cuba que hay en las Cortes Constituyentes quien simpatiza con ellos!

Y más adelante añade el mismo periódico:

«Retirada la proposición sobre las reformas de Puerto-Rico, los diputados salieron del salón de sesiones, é inundaron de repente el de conferencias.

Es imposible dar idea de la escena que allí presenciáramos.

Los diputados se arremolinaron en grupos, y con voces discordes y estentóreas llenaron el espacio de un humo de pasión, de la pasión cuya hoguera abrasaba los corazones.

¿Qué cosas se oían!

—Entre nosotros hay filibusteros! exclamaba uno a la izquierda.

—También hay negreros! respondía otro, no para contradecir, sino para vengarse.

—En América no se quiere la libertad! gritaba alguno en el centro.

—Lo que no queremos, decía indignado un diputado de Puerto-Rico, es la licencia y el mal gobierno.

—En Cuba se sabe el dinero que viene a España, se oía hacia la izquierda del salón. . . . .

Del mismo periódico del 24:

«Era la primera vez que el Sr. Baldorioty se alzaba en la Asamblea, y se sabía que iba a atacar con todo el ardor de su sangre nuestra Historia en América, al mismo tiempo que lanzaría un voto de censura a la Cámara y a la mesa, porque no se discutía con preferencia la Constitución de Puerto-Rico.

La magia del talento y la fascinación que la elocuencia produce, son tales, que todo se le hubiera perdonado, a hallarse adornado de aquellas cualidades. Pero con palabra difícil y voz apenas perceptible, poco pudo hacer resaltar sus débiles argumentos.

Después de exponer que para su país,—así hablan siempre ciertos americanos, con lo cual parece que no se consideran españoles—libertad es sinónimo de independencia, causan poco efecto las protestas de fidelidad, y mucho más si sólo se hacen en nombre de la conveniencia de las Antillas. Nosotros hacemos más favor a aquella provincia; creemos sinceramente en su lealtad para con la madre patria; pero acerca de alguno de sus habitantes, no podemos olvidar que el Sr. Pajá, diputado por aquella isla, nos aseguró, en la noche del 28 de Marzo, que la conspiración de Lares estaba enlazada con la de Cuba, que sus autores tenían noticias anticipadas de la Revolución de Setiembre, y que abortó sólo providencialmente. Si hemos de juzgar por las acusaciones del Sr. Baldorioty, diremos: ¿Qué admirable es nuestra gobernación en América! Porque venir aquí a sintetizar todos los cargos, y no poder presentar más que dos ó tres casos en los que por alguna autoridad se haya amenazado a algún sospechoso, sin que la amenaza se haya llevado a efecto, ¿no es una verdadera apología? Y ¿no es acusar, sin motivo, ver un sistema de tiranía, donde sólo hay una prudente medida de orden público?»

De la Epoca del 23:

«Sesiones como la de esta tarde. creámonos el nuevo diputado puerto-riqueño Sr. Castro, son más a propósito para alentar el fuego de la insurrección que para activar el otorgamiento de reformas por nosotros tan deseadas como el que más. ¿Qué podrían decir nuestros implacables enemigos que no haya dicho en forma suave el novel diputado a quien no han faltado estímulo y cooperadores dentro de la Asamblea? ¿Por qué al hablar de la mala política de las autoridades españolas no tenía la discreción de recordar que uno de los períodos más duros para la esclavitud fué el de la administración de Puerto-Rico por el señor conde de Reus? El diputado se proponía ejecutar un acto, no obtener una votación, y ha realizado su objeto: ha cruzado al otro lado de los mares una voz amiga para determinados elementos: ha acaorado las pasiones y dado lugar al tempestuoso incidente entre los señores Romero Robledo y Figueras; pero no es bajo ese aspecto como las cuestiones ultramarinas deben tratarse; no es inflamando los ánimos, sino pidiendo consejo a la razón serena y fría, como hay que buscar la solución del gran problema ultramarino, si es que en realidad se quieren conservar las Antillas para España; pensamiento que, sin ofender a nadie, no es seguramente el que anima a todos.»

De la Independencia Española:

«Cuando menos se pensaba en ello se presentó ayer una proposición en las Cortes por el Sr. Baldorioty de Castro, diputado puerto-riqueño, pidiendo se discutiese cuanto antes la Constitución de la Isla que representa.

El Sr. Castro con una voz imperceptible apenas expuso la necesidad de que nuestros hermanos de América participen de las libertades conquistadas el 29 de Setiembre.»

La Regeneración, tomando estas palabras de un periódico liberal, dice:

«Ya saben los defensores de la emancipación de Cuba, que hay en las Cortes Constituyentes quien simpatiza con ellos.»

Del Diario Español:

«Graves, gravísimas han sido las palabras pronunciadas ayer tarde por el Sr. Castro al defender su proposición: en ellas hemos creído ver levantada la bandera de la insurrección de Cuba

tal vez a pesar de las reservas del señor diputado. Decir que los que defienden la independencia de aquella provincia española defienden la libertad y que esto es plausible, es, sobre inexacto, una gran inconveniencia a la que ha contestado con energía y grandes razones el Sr. Romero Robledo. Este incidente produjo gran tumulto en la Cámara y en el salón de conferencias.

#### REVISTA POLÍTICA.

Si la misión de un cronista es siempre delicada, cuando trata de sintetizar el curso natural de la política, despojándose de todo interés ó pasión de partido; mucho más difícil tiene que ser su tarea en momentos críticos en que se juega el porvenir de la nación, al azar de las apreciaciones más ó menos patrióticas, más ó menos acertadas de los hombres que tienen su suerte a su arbitrio.

Los errores en política originan siempre males de gran trascendencia; pero el error en juzgar los sucesos, suele crear una atmósfera falsa y también funestas prevenciones, que el hombre de conciencia debe evitar a todo trance al ocuparse de las cuestiones palpitantes de su país. Por eso somos cautos en nuestras opiniones, arredrándonos a veces, el temor de apreciar inexactamente los períodos que abarcamos con nuestra mirada: si algo fortalece nuestro propósito, a pesar de conocer la falibilidad de todo criterio humano, es la rectitud de intención con que procuramos formular nuestros juicios.

De un lado vemos la nación, y del otro su gobierno y sus partidos, y debe haber momentos en que sea bien duro para nosotros aparentar indiferencia, sintiendo la necesidad de optar entre la felicidad de aquella y los acasos de estos, y vernos forzados a acallar nuestros impulsos patrióticos, por no salirnos de la imparcialidad que nos hemos impuesto, y en vez de censurar, tener que ceñirnos al relato frío de sucesos y circunstancias que afligen nuestro corazón verdaderamente español.

Desde el compromiso de Caspe no había vuelto a hallarse nuestra España en la situación crítica que hoyatravesamos: un interregno prolongado más de lo que la prudencia política aconsejaba, ha venido a conmover profundamente nuestra sociedad, relajando paulatinamente los vínculos que garantizaban el orden y el respeto a las leyes; las fuerzas vivas del país comenzando a paralizarse por la incertidumbre y la zozobra que asaltan todos los espíritus, van influyendo desastrosamente en la prosperidad general: los partidos cada vez más intransigentes y menos dispuestos a sacrificar sus intereses en aras de la patria, hacen ya casi imposible una avenencia de que pudiera surgir una situación estable; el aumento de criminalidad aterrizando a todos los habitantes pacíficos de las provincias, no logra asustar ni conmover a los que tienen en su mano acabar de golpe con esa plaga social, pero que demasiado preocupados con sus rivalidades continuas de partido, no tienen tiempo más que para la lucha: la propiedad abatida, las industrias en decadencia, el comercio sin vitalidad, y en perspectiva impuestos más gravosos que los de ninguna época anterior, son otras tantas circunstancias que han venido a constituir una situación anómala y tristísima, en la que no se vislumbra más que lo desconocido ó males mayores, gracias a los que se obstinan en prolongarla indefinidamente.

Los clamores generales del país han llegado al fin a las regiones del poder, tal ha sido su insistencia, y también han tenido intérpretes decididos en medio de los diputados Constituyentes.

Hoy toda la vida política del país está concentrada en una sola cuestión: tal es, si debe prolongarse ó ponerse término a la interinidad con la elección de monarca; las clases conservadoras, los contribuyentes, la clase laboriosa, en fin, todos los que no medrando con la política están palpando los perjuicios y el malestar general que a todos nos agobia, alzan sus voces pidiendo que esta situación cese, y haciendo diarios cargos a los que sin un motivo plausible, crean obstáculos al nombramiento de rey que debe ceñirse la corona de España.

La prensa de oposición se apoya en este estado de los ánimos para decir en todos los tonos, que lo que se busca no es el rey que pueda convenir por sus circunstancias a la nación, sino el que se resigna a servir de juguete al partido que represente; y que como no hay quien se preste a esta condición, procuran perpetuarse en el poder, tratando de seguir como estamos.

Hace trece días, cediendo a la presión de la opinión que de mil modos se manifestaba, celebraban una importante conferencia los generales Serrano, Prim y Topete, y se dice que de la discusión que tuvo lugar, se traslucía bien pronto que Topete había abogado calurosamente por la pronta elección del duque de Montpensier; que el general Prim no se avenía a esta solución, escudándose en la repugnancia de su partido, y que proponiéndole al Regente que aceptara todas las atribuciones de monarca, este se había negado a aceptar tales ventajas, aunque las Cortes se las otorgaran, anunciando en cambio, que les enviaría un mensaje apremiante para que no dilataran por más tiempo la elección de rey.

Esto dió motivo a polémicas muy ardientes en los diarios de las distintas fracciones, que según sus esperanzas, trataban de explotar la falta de inteligencia que acababa de acentuarse entre las tres primeras figuras de la revolución de Setiembre.

Bajo la emoción de esta apasionada controversia, se anunció una reunión de todos los diputados que pertenecían al partido radical, y cuando se esperaba que en esa famosa junta a que asistieron los ministros se trataran los gravísimos asuntos del momento y surgiera una solución, grande fué la sorpresa de todo el mundo, al saber que sólo se ocupó la reunión de adoptar el nuevo nombre con que había de llamarse en adelante ese partido que apoya al Ministerio, y que compuesto de las fracciones progresista y democrática, es reconocida como la mayoría liberal del Congreso. Se adoptó la denominación de partido *progresista-democrático*, y la prensa de oposición sacó su saña durante tres ó cuatro días, ridiculizando que se hubieran congregado políticos de tal nombradía tan sólo para tal puerilidad: es verdad que en esto se hacían eco de los dipu-



tados Sres. Cantero y D. Cirilo Álvarez, que habían usado idénticas apreciaciones en el seno de dicha reunión.

En vista de resultados tan estériles, el general Izquierdo, capitán general de Madrid y diputado a Cortes, convocó para el día 25 a todos los hombres verdaderamente monárquicos de las Cortes, para ponerse de acuerdo y tomar la iniciativa en la elección de monarca, ya que el Gobierno no lo hacía. La idea era aceptada con entusiasmo por todos los enemigos de la interinidad, y debió esto inspirar inquietudes al Gobierno, cuando el mismo presidente del Consejo, indicó a Izquierdo que desistiera de su propósito, comprometiéndose en nombre del Gobierno a iniciar inmediatamente la cuestión: el citado general tuvo la complacencia de deferir a tal deseo.

En tanto empezaban a agitarse los diputados adictos a Espartero, ya promoviendo exposiciones que llegaban diariamente a las Cortes, ya encomiando en sus periódicos las ventajas de tal candidatura. En su consecuencia, el general Prim confiaba al Sr. Madoz la misión confidencial de llevar una carta a Espartero explorando sus intenciones, para el caso en que las Cortes le ofrecieran la Corona, y la contestación no se hizo esperar, manifestando sinceramente que su conciencia le impedía aceptar un cargo que no podía ya desempeñar.

La llegada del Sr. Madoz, dió ocasión a que sus correligionarios tacharan de oficiosidad un paso para el que no había sido autorizado por ellos, y reunidos de nuevo, y esperando ser más dichosos con una nueva tentativa, nombraron una comisión que pasara a Logroño a insistir de nuevo cerca del Duque de la Victoria: este reiteró su negativa, pero no se amortiguó el entusiasmo de sus partidarios, que aún siguen haciéndose la ilusión de que aceptará si las Cortes lo eligen. El general Prim ha creído no deber pensar ni un momento más en tal candidatura, desde que obra en su poder la carta textual de Espartero, y en Consejo de Ministros parece haberse decidido proponer a las Cortes como solución a las dificultades presentes, el otorgamiento al Regente de las facultades que marca la Constitución, y declarar ordinarias las Cortes actuales, completándolas con la inmediata elección de senadores.

Antes de dar tal paso, el general Prim va consultando sobre lo mismo a todos los diputados, y esto lo hace por tandas de los correspondientes a cada provincia. Hasta ahora parece que a esta solución se muestran contrarios los republicanos, los unionistas, los absolutistas, los 45 progresistas partidarios de Espartero y algunos otros, y la duda del éxito parlamentario que pueda obtener, es lo que ha impedido hasta ahora iniciar esta cuestión tan grave.

El día 18 llegaba a Madrid el Duque de Montpensier con su hijo mayor, y el 19 se recibía la noticia de la sublevación de Saldanha en Portugal, imponiéndose al Rey, y derribando al Ministerio Loulé. Este suceso inesperado ha venido a resucitar las esperanzas de los iberistas, y alguna parte de la prensa atribuía connivencia al Gobierno español en ese movimiento, suponiendo que en él iba envuelto el triunfo de la candidatura portuguesa para el trono de España.

Grandes recelos debe haber inspirado esta idea en Portugal, y gran susto a los que tan celosos son de su independencia, cuando los primeros ataques que ha recibido Saldanha han sido por tal motivo, y hasta las mismas Cámaras al cerrarse lo han hecho, jurando solemnemente defender su independencia hasta morir.

Algo muy grave debe haber habido, cuando el general Prim ha tenido que levantarse en las Cortes a declarar que era completamente ajeno a los sucesos de Portugal, y que en manera alguna pensábamos ingerirnos en sus asuntos, llevando nuestro respeto hasta impedir que nuestra escudra fuese a aquellas aguas, según se había pensado, tan sólo para calmar desconfianzas imotivadas; así se han desvanecido las esperanzas de los que aún creían posible ver bajo el sólo español a D. Fernando de Portugal ó a su hijo.

El desaliento que esos sucesos produjeron en algunas entidades políticas empieza a desaparecer, y hoy trabajan más que nunca para lograr la pronta elección de monarca, apoyándose en las clases conservadoras que no cesan de solicitarlo.

Las Cortes han venido ocupándose durante este período de la ley municipal, que ya está votada, y de la provincial que lo será de un momento a otro. Ha sido aprobada definitivamente la autorización para plantear el matrimonio civil y las demás leyes de carácter civil presentadas por el ministro de Gracia y Justicia, siendo entre ellas la más importante y más reclamada por la opinión, la que establece el recurso de casación en lo criminal.

La comisión de presupuestos ha presentado su dictamen sobre el de ingresos para el año económico de 1870 a 1871, fijando su cifra total en 565.702.055 pesetas, ó sean 2.262.808.220 reales, y estableciendo como máximo de la contribución territorial el 23 por 100 de la renta líquida.

A las mismas Cortes ha presentado el señor ministro de Hacienda una memoria sobre la situación económica del país y sobre el resultado de los últimos empréstitos. Según se desprende de esta, todos los déficits anteriores serán saldados con el producto de esas operaciones financieras, y el del año económico venidero, que ascenderá a 608 millones de reales, se cubrirá con una nueva operación de crédito que promete proponer pronto a las Cortes, y que produce ya gran inquietud en la Bolsa y entre los hacendistas españoles.

Esta semana ha hecho su estreno en las Cortes el nuevo diputado por Puerto-Rico, Sr. Baldorioti, pidiendo la inmediata discusión de las leyes políticas de su provincia: el ministro de Ultramar significó de una manera indirecta que no era oportuno, pero esto no impidió una tempestad parlamentaria entre el Sr. Figueras y el señor Romero Robledo, explicando el primero que sólo por patriotismo no había querido su partido iniciar las reformas sociales y políticas de Ultramar, y por no agravar el estado de guerra en que se hallaba Cuba, y el segundo haciendo constar que para el nuevo orador, independencia y libertad eran sinónimos en América y que ningún buen español debía dejar de protestar contra tales palabras.

El fracaso de la proposición ha movido a algunos amigos ardientes del orador a querer tomar la revancha, proponiendo a las Cortes el proyecto

más grave y peligroso para las Antillas, sobre todo no estando aquí los diputados de Cuba. Dichosamente han sido ya convocados, y prevalece la idea de que no debe hacerse innovación alguna en los asuntos coloniales mientras no estén presentes en las Cortes esos representantes.

Los actos oficiales de más importancia durante la quincena, han sido el decreto repartiendo los 40.000 hombres de la quinta actual entre todas las provincias, y mandando proceder a su entrega en Caja.

La promulgación de la ley en que se fija el presupuesto de gastos en 718.040.682 de pesetas.

El decreto reformando la contribución industrial y rebajando los gravámenes, contra los que habían reclamado todos los contribuyentes de España.

Otro decreto concediendo la desecación y aprovechamiento de las lagunas de Lebrija a un particular.

Y por último, concediendo al barón de Losy, con la subvención de 34 millones de reales, el importantísimo ferro-carril de San Juan de las Abadesas, que está llamado a unir una de las mejores cuencas carboníferas de la Península con el puerto de Barcelona: es de esperar que esta empresa sea más feliz que las anteriores en la construcción del camino, y que pronto pueda influir notablemente en la bajatura del combustible en la industria cataluña.

Dos comisiones de capitalistas catalanes se hallan en este momento en Madrid gestionando cerca del Gobierno; la una para la modificación de la contribución industrial, y la otra para que se hagan innovaciones en los tratados de comercio próximos a ratificarse entre España y otras naciones, por el perjuicio que pueden irrogar a la industria del Principado.

Las cartas que han visto ya la luz en toda la prensa de España, de los Sres. Aparisi y Guijarro y general Lersundi, son una prueba de que los partidos a que pertenecen no desisten de sus aspiraciones, y que sólo aguardan una ocasión propicia para sostener los derechos de que se creen asistidos.

Mientras el peligro por este lado no es tan inminente, a pesar de bosquejarse en lejanía con el amago de futuras turbulencias civiles, el lamentable estado de la criminalidad en ciertas provincias nos expone en estos momentos a un conflicto posible con Inglaterra, pues los facinerosos de Andalucía han querido imitar a los de Grecia, secuestrando dos subditos ingleses en las cercanías de Algeciras, y pidiendo por ellos un gran rescate.

Eran precisos sucesos como este, para que se saliera en esta parte de la atonía, y se miraran con menos indiferencia los desafueros y crímenes de tantos malhechores como pululan por las provincias; sólo con una excesiva severidad es como pueden purgarse ciertas localidades de los criminales que las infestan, y no dudamos que los clamores generales induzcan al fin al Gobierno al aumento de la Guardia civil, único recurso que hasta ahora ha sido eficaz para imponer respeto a los bandidos, y garantizar la seguridad de los ciudadanos honrados.

Los diputados empiezan a marcharse a sus provincias; las sesiones son ya menos concurridas; una especie de cansancio se va apoderando de todos, y no parece sino que ya se presiente la próxima clausura de unas Cortes que no tendrán razón de ser desde que estén votadas las leyes orgánicas.

Si los destinos del país se deciden en la quincena próxima, según lo desea la nación entera, los diputados de Cuba no podrán tomar ya asiento en las Cortes hasta la próxima legislatura, y quizás sea esto para ellos una gran ventaja, pues como para entonces ya estará del todo pacificada nuestra grande Antilla y también estará resuelta la cuestión monárquica, su posición va a ser completamente desembarazada.

Estarán exentos para entonces del disgusto de oír un día y otro la propaganda filibustera en ciertos círculos, que ya habrán tenido que callar, no hallando nada en que apoyar sus pretensiones, ni insurgentes por quien abogar; y al mismo tiempo libres de compromisos y sin tener quien les asedie con propuestas de transacciones antipatrióticas, ni quien haga depender el triunfo de sus ideas de complacencias en otras cuestiones, podrán dedicarse por completo a sentar sobre sólidas bases el régimen definitivo que debe otorgarse a las Antillas, a promover todo lo que contribuya al fomento de su asombrosa prosperidad, y a estrechar más y más los vínculos de amor que deben unirlos para siempre a la Madre patria.

Como una muestra del influjo que ejerce en la prosperidad de ciertos Estados de América el orden y el principio de autoridad, copiamos de un periódico traído por la última mala del Brasil, lo siguiente:

«Después de una guerra de cinco años, la situación del Brasil es más próspera que antes, y los pesados sacrificios y deudas que la guerra le ha legado, pueden ser cubiertos con los recursos ordinarios del Tesoro.—Las fuerzas productivas del imperio aumentan; las rentas del presupuesto de 1868 a 1869, han producido 38 millones de francos más que el ejercicio del año anterior; y los ingresos del primer semestre del año económico de 1869 a 1870, han excedido a igual período del año precedente, en 10 millones de francos.»

De este progreso rápido y portentoso, hubiera sido también participe el resto de la América Española a no predominar en ella las doctrinas anárquicas y la inestabilidad de instituciones y de gobiernos, que van consumiendo miserablemente su vitalidad exhuberante.

#### LOS INNOMINADOS.

Satisfacción, y muy grande, debe causar a todos los que sinceramente aman a nuestra pa-

tria, la siguiente noticia que tomamos de *La Correspondencia de España*:

«En las Cortes ha empezado a formarse un nuevo grupo de diputados que no pertenecen a ninguna de las grandes agrupaciones de la Cámara. Han adoptado ellos mismos el nombre de «los innominados» y pudieran con las pocas pero importantes personas que lo componen, ser la base de un gran partido nacional.»

A ese grupo, que contará con la simpatía de los que ya vienen comprendiendo que la felicidad del país depende de la verdadera unión y se aleja al ruido de las disensiones de los partidos, se adherirán con fervoroso entusiasmo muchas, muchísimas personas, que se lastiman y sufren presenciando las discordias de los distintos bandos que se disputan aquí la supremacía y el poder.

Saludamos con toda la efusión del alma a ese centro que por emblema llevará, como deseamos, el bien de España, al que es un deber sacrificar las afecciones y las conveniencias personales.

#### HONDURAS.

Dice *La Correspondencia de España*:

«Recibimos noticias de Omoa (república de Honduras), por las cuales se nos participa que el día 13 de marzo último se enarboló, por primera vez desde su independencia, el pabellón español en el consulado de España en aquel puerto, que ejerce el Sr. D. Luis Elias.

El gobierno de Honduras, por un acto de cortesía y de buena amistad, mandó saludar nuestro pabellón con 21 cañonazos. El Sr. Elias a su vez, contestó a tan cordial demostración, saludando el pabellón de la república con otros 21 cañonazos, que a falta de buque de guerra español, fueron disparados desde la fortaleza.»

Esta noticia viene a confirmar lo que en un número anterior de este periódico hemos consignado, sobre la posibilidad y conveniencia de que España, conservando sus provincias americanas, asuma un día el importante papel, y lleve la elevada misión que le corresponde en el Nuevo Mundo, como centro de fuerza, de civilización y de existencia para la raza latina al frente de otra raza rival, que atacándola en detall habria de realizar la absorción y el aniquilamiento de pueblos débiles y abandonados. A que se cumpla tan noble destino debe dirigirse nuestra política, desdenando las torpes insinuaciones de los que aspiran a privarlo de ese derecho que como fundadora de la gran familia americana tiene y debe conservar con previsora firmeza nuestra patria.

El *Diario Español* ha reproducido el lunes 23 la carta que el Sr. general Latorre dirigió al director de la INTEGRIDAD NACIONAL, precediéndola de unas breves palabras referentes al motivo de aquella comunicación.

Mucho hubiéramos agradecido a nuestro colega que hubiese dado lugar en sus columnas a los párrafos que antecedian en el número 22 de este periódico a la misma carta cuando la insertamos en él. Eso hubiera sido igualmente satisfactorio para ese digno jefe y para nosotros.

La misma observación nos atrevemos a hacer a nuestro apreciable colega *La Patria*.

Se ha dicho, según leemos en un colega, que los diputados de Puerto-Rico adversarios de las reformas políticas, se van a reunir con objeto de solicitar que no se ponga a discusión el proyecto de Constitución para aquella isla hasta tanto que no vengan al Congreso los diputados de la de Cuba.

*La Gaceta* del 24 ha publicado un decreto por el cual se promueve al empleo de brigadier al coronel de infantería D. José de Chinchilla y Díez de Oñate, por los servicios prestados en el ejército de operaciones de la isla de Cuba.

Hé aquí una importante noticia que trae un despacho fechado en Washington el 25:

«Una proclama del Presidente invita a los ciudadanos americanos a abstenerse de toda participación en las expediciones ilegales que actualmente se organizan. Declara que todos los que tomen parte en ellas perderán su derecho a la protección de los Estados Unidos.

Termina estimulando el celo de los agentes del gobierno, a fin de que empleen su actividad para impedir ó reprimir dichas expediciones y entregar a los tribunales sus autores.»

#### NUEVO COLEGA.

Según dice un periódico, en breve verá la luz pública un nuevo colega, que viene al estadio de la prensa exclusivamente a iniciar y defender la candidatura del general Prim para el trono de España.

En la reunión que ayer tarde celebró el general Prim con los diputados de varias provincias para proponer la concesión de facultades al Regente, y que terminó acerca de las siete, votaron contra las atribuciones 22, y 12 en favor, absteniéndose cuatro ó seis. Se hacen grandes comentarios sobre los enérgicos discursos de los señores Torres Mena y Gallego Díaz, discursos especialmente el primero, que produjeron desagradable impresión en el ánimo del presidente del Consejo.

Hablaron así mismo en contra los señores Garrido, Villavicencio y Montero Telling, y en pró los Sres. Godínez de Paz y López Botas, fundándose el primero, al separarse en su opinión, de la mayor parte de sus correligionarios los demócratas, en que estas Cortes Constituyentes no pueden seguir, pues ha terminado su misión, y al convertirse en ordinarias ó elegir otras, debe haber un jefe del Estado con facultades para poner en juego las condiciones de los Gobiernos constitucionales.

El conde de Reus al levantar la sesión manifestó que veía la poca influencia que tenía en los diputados; pero estos creen que no interpreta bien la actitud de sus amigos.

De los que votaron en pró, recordamos a los señores Alarcón Zamora (D. L.), Godínez, López Botas, Muñoz Sepúlveda, Moreno Benítez, Ulloa (D. Juan), Villalobos, Dávila, Rojo Arias, Monteverde, Mesia Elola, y otros.

Se cree que no seguirán ya las conferencias.

**Civilización.**—Dice un periódico de Nueva-York:

«El coronel Payne y el Sr. Stapleton, personas de distinción en Monticello (Kansas), tuvieron una disputa estando bebiendo, y determinaron batirse en un cuarto a oscuras. El uno tenía un revolver y el otro un puñal. Al oír un tiro, los vecinos penetraron en la habitación y encontraron a Stapleton con el pescuezo cortado y a Payne con un balazo a través de los pulmones.»

Discurso pronunciado por el emperador Napoleón, al serle presentado por el Cuerpo legislativo el resultado del plebiscito:

«Señores: Al recibir de vuestras manos el resultado de los votos emitidos el 8 de Mayo, mi primera idea es expresar mi gratitud a la nación que por cuarta vez desde veinte y dos años acaba de darme un patente testimonio de su confianza.

El sufragio universal, cuyos elementos se renuevan sin cesar, conserva sin embargo en su movilidad una voluntad perseverante, y para guiar su tradición tiene la seguridad de sus instintos y la fidelidad de sus simpatías.

El plebiscito no tenía otro objeto que la ratificación por el pueblo de una reforma constitucional, pero en medio del conflicto de las opiniones y en el ardor de la lucha, el debate se ha elevado a mayor altura, y no lo sentimos. Los adversarios de nuestras instituciones plantearon la cuestión entre la revolución y el imperio, y el país la ha zanjado en favor del sistema que garantiza el orden y la libertad.

En el día el imperio se halla consolidado en su base, pero dará muestras de su fuerza con su moderación. Mi gobierno hará cumplir las leyes sin parcialidad y sin debilidad; no se apartará de la línea liberal que se ha trazado, y deferente con todos los derechos, protegerá todos los intereses sin acordarse de los votos disidentes ni de los manejos hostiles, pero sabrá al mismo tiempo hacer respetar la voluntad nacional tan enérgicamente manifestada, y conservarla en adelante sobre toda controversia.

Desembarazados de las cuestiones constitucionales que dividen a los talentos más claros, no debemos tener más que un fin: reunir en torno de la Constitución que el país acaba de sancionar a los hombres honrados de todos los partidos, afianzar la seguridad, apaciguar las pasiones, preservar los intereses sociales del contagio de las falsas doctrinas, y buscar con el auxilio de todas las inteligencias los medios de aumentar la grandeza y la prosperidad de Francia.

Propagar en todas partes la instrucción, simplificar el mecanismo administrativo, llevar la actividad del centro, donde sobra abunda, a los extremos de donde se aleja, introducir en nuestros códigos, que son monumentos, las mejoras introducidas por la época, multiplicar los agentes generales de la producción y la riqueza, favorecer la agricultura y el desenvolvimiento de las obras públicas, dedicar, en fin, nuestra tarea a ese problema, que se resuelve y vuelve a renacer, el mejor reparto de las cargas que pesan sobre los contribuyentes; tal es nuestro programa, y realizándolo nuestra nación, con la libre expansión de sus fuerzas, seguirá siempre a la cabeza de los progresos de la civilización.

Os doy las gracias, señores, por la cooperación que me habéis prestado en tan solemne circunstancia. Los votos afirmativos, que ratifican los de 1848, de 1851 y de 1852, consolidan también nuestros poderes y os dan como a mi nueva fuerza para trabajar en bien del país.

Más que nunca debemos mirar con serenidad lo porvenir. Y en efecto; ¿quién podrá oponerse a la marcha progresiva de un régimen que un gran pueblo ha fundado en medio de las tormentas políticas, y que robustece en el seno de la paz y de la libertad?»

MADRID: 1870.